

## **¿Por qué América Latina?, de Leopoldo Zea: observaciones sobre su traducción al griego**

Por Anthi PAPAGEORGIOU\*

EL ENSAYO *¿POR QUÉ AMÉRICA LATINA?*, escrito en 1980, es una de las últimas obras del eminente filósofo mexicano Leopoldo Zea. Como dice su título, comienza presentando las razones que han conducido a que se denomine esta parte del continente americano como Latina y no Ibero o Española, y menciona las varias interpretaciones que han existido, en distintas épocas, en lo que se refiere al futuro de estas tierras. Es decir, inclinarse hacia una América que acepta sus rasgos latinos u optar por una América que quiere deshacerse de ellos y orientarse hacia el prototipo norteamericano. De esta manera introduce el lector al tema central, el problema de identidad que enfrenta América Latina y que preocupará por largo tiempo a esta parte del mundo. El problema surge en el siglo XIX, cuando los pueblos latinoamericanos empiezan a independizarse, uno después de otro, del imperio español y se dan cuenta del nuevo peligro que va a constituir para ellos América del Norte. Esta interrogante muy bien expresada por Bolívar cuando preguntaba “¿Qué somos? ¿Cuál es nuestro lugar en el Universo? ¿Cuál es nuestro lugar en la Historia?” formará el núcleo sobre el cual se van a desarrollar otros temas, como el papel que va a desempeñar la filosofía como “instrumento de salvación concreta del hombre, a partir de su propia circunstancia”.<sup>1</sup> Además, se hace referencia al problema paralelo que enfrentó España, que se sentía marginada del espíritu e historia europeos, y se tratará de explicar la postura negativa que tenía Marx hacia Bolívar y los problemas histórico-culturales de América Latina.

La traducción de esta obra al griego ha sido una tarea muy interesante y enriquecedora, porque temas tan arraigados en la filosofía y la historia no sólo requieren del lector, y mucho más del traductor, una lectura muy atenta y amplios conocimientos, sino que le inciten a profundizar en ellos. Se notan varios puntos que llaman la atención en la presente traducción. La escritura de Zea tiene un estilo propio que hemos tratado de respetar al máximo grado en la traducción. Lo que destaca a primera

\* Universidad Nacional y Capodistriaca de Atenas. E-mail: <epapag@tee.gr>.

<sup>1</sup> Leopoldo Zea, *¿Por qué América Latina?*, México, UNAM, 1989, pp. 22-66.

vista en su manera de escribir es el contraste entre oraciones muy largas, que a veces resultan bastante complicadas, y el discurso elíptico, es decir, oraciones a las cuales les falta un componente, en la mayoría de los casos el verbo, por considerarse sobrentendido; es precisamente por medio de esta manera de enlazarse con la oración anterior que el texto adquiere una viveza e inmediatez excepcionales. La función estilística de la omisión del verbo es “dar una impresión bastante general de acción repentina, intensa”.<sup>2</sup> Otro rasgo que caracteriza la escritura de Zea es empezar una oración repitiendo la misma palabra con la que finaliza la anterior. Esta viveza y espontaneidad en la expresión son características que encontramos más en el habla oral que en el discurso escrito, que sigue una estructura más rígida.

En lo que atañe al vocabulario, es bastante rico, con sutiles matizaciones, como por ejemplo el caso de las palabras “desterrado”, “trasterrado” (también con la grafía “transterrado”), “peregrino” y “diáspora”, que pertenecen al mismo campo semántico. Otra vez se registra el uso de palabras raras como “reato” y neologismos. La creación de neologismos es un procedimiento común, sobre todo en textos científicos, pero también en los que pertenecen a otras disciplinas para expresar nuevas ideas, conceptos, procesos u objetos. En su mayoría, los neologismos son derivados de palabras ya existentes o se forman de la combinación de partes de éstas.<sup>3</sup> El investigador de la traducción Peter Newmark distingue doce tipos de neologismos, de los cuales los más frecuentes son los que se acaban de mencionar, las palabras derivadas.<sup>4</sup> En este texto, muchos de los neologismos que se registran pertenecen a esta categoría, es decir se forman mediante el proceso de derivación que “es una fuente sumamente productiva de palabras nuevas desde los comienzos de la lengua hasta la actualidad”, usando prefijos tomados del griego antiguo o del latín.<sup>5</sup> En este texto se encuentran muchos neologismos que se forman agregando el prefijo *des*: “desencuentro”, “desenajenación”, “deslatinizada”, “desalineación”. Por otro lado, se notan también neologismos que se forman mediante la combinación de dos o más vocablos. Algunos ejemplos son: “autoconciencia”, “nordomanía”. Se nota que el español es una lengua flexible

<sup>2</sup> Peter Newmark, *Manual de traducción*, trad. de Virgilio Moya, Madrid, Cátedra, 1999, p. 177.

<sup>3</sup> André Lefevere, *Translating literature*, Nueva York, Modern Language Association of America, 1992, p. 41.

<sup>4</sup> Newmark, *Manual de traducción* [n. 2], pp. 194, 197.

<sup>5</sup> Melvyn C. Resnick, *Introducción a la historia de la lengua española*, Washington, Georgetown University, 1981, p. 148.

para el proceso de la derivación y de combinación de vocablos que forman una nueva unidad léxica, algo que también ocurre en el griego moderno. De esta manera, ha sido posible traducir o adaptar esos neologismos sin mayor problema.

Una cosa más que merece la pena mencionar es el caso de las palabras “amor” y “logos”, la última de origen griego. El interés reside en que las dos encierran más de un significado y así se produce a veces cierta ambigüedad. El problema surge cuando, hablando de la filosofía, se menciona que la “filosofía” es “amor”.<sup>6</sup> Ahora bien, la palabra *amor* tiene un doble sentido que en griego está claramente diferenciado y se expresa con dos palabras diferentes; la palabra “ἀγάπη” significa el sentimiento que se caracteriza por una disposición amigable, por intenciones puras, desinteresado e intenso; también significa el afecto y en un sentido más restrictivo la atracción sexual.<sup>7</sup> Por otro lado existe la palabra “ἔρωτας”, que tiene un sentido más reducido y se refiere al sentimiento intenso de atracción y deseo entre dos personas y la pasión por algo.<sup>8</sup> Sin embargo, en este texto se usa con el significado que tenía la palabra “φίλος” en el griego antiguo y que, de hecho, es el primer componente de la palabra filosofía (φίλος+σοφία) que significa el amor por la sabiduría o la erudición, intento de sabiduría, teoría, estudio.<sup>9</sup> Así, en la traducción se optó sin duda por la palabra “ἀγάπη” que, además, es la que engloba también los demás términos.

Otro caso de interés es la palabra “logos”. Como muy bien se explica en esta obra, este término en griego antiguo tenía un doble significado. Al principio significaba la palabra, la expresión oral, pero al poco tiempo se generalizó abarcando el concepto de la razón y es en este sentido que se usa en la obra.<sup>10</sup> Ahora bien, a la hora de traducir este término hubo ciertas vacilaciones, en cuanto debiera usarse directamente la palabra *razón*, porque en griego moderno “logos” significa solamente palabra y así podría resultar un poco confuso para el lector. No obstante, al final se prefirió dejarlo como en el original, es

<sup>6</sup> “Para Ortega filosofía es amor [...] la filosofía es la ciencia general del amor”, Zea, *¿Por qué América Latina* [n. 1], p. 32.

<sup>7</sup> Γ. Μπαμπινιώτης, *Λεξικό της Νέας Ελληνικής Γλώσσας*, Αθήνα, Κέντρο Λεξικολογίας, 1998.

<sup>8</sup> *Ibid.*, comunicación personal con el señor Carlos Alberto Martínez López, 20-1-2003.

<sup>9</sup> Comunicación personal con el señor Carlos Alberto Martínez López, 20-1-2003.

<sup>10</sup> *Λεξικό της Νέας Ελληνικής Γλώσσας*. A partir de estos dos conceptos básicos, *logos* tuvo varios significados más, pero no se mencionarán aquí porque nos alejaríamos del objetivo de este trabajo.

decir en cursiva en la mayoría de los casos, para mantener la fidelidad al estilo del texto y porque, además, ésta es una obra que de por sí requiere una mayor atención por parte del lector.<sup>11</sup> Otros términos que presentaron dificultad para su buena comprensión han sido las palabras “mantuano” al referirse a Bolívar, “Manzanares” que siendo un río que recorre Madrid podría resultar desconocido para mucha gente, y los nombres “Ariel” y “Calibán”, personajes del ensayo de Rodó *Ariel* con los que se personifica América Latina y Norteamérica respectivamente.<sup>12</sup>

Por último, cabría mencionar las palabras “cultura” y “civilización” que probablemente constituyen el punto más interesante para esta traducción ya que son clave y en su distinción precisamente se basa parte de la argumentación del autor. Primero, nos ocuparemos de la etimología de estas dos palabras porque es interesante ver su desarrollo a través del tiempo. En cuanto a “civilización” se trata de un neologismo, que apareció en Francia en el siglo XVIII, el cual proviene de los términos *civilisé*, *civiliser*. Aunque al principio se usaba exclusivamente en contextos jurídicos, su uso pronto se generalizó a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, adquiriendo su actual significado, oponiéndose a la barbarie. De Francia pasó rápidamente a otros países, con menor o mayor facilidad. Así, en el diccionario de la Real Academia Española, válido testimonio del desarrollo de la lengua española, se registra por primera vez en el año 1822 con el siguiente significado que permanecerá vigente hasta 1884: “Aquel grado de cultura que adquieren pueblos ó personas, cuando de la rudeza natural pasan al primor, elegancia y dulzura de voces, usos y costumbres propios de gente culta”.<sup>13</sup> Sin embargo, el uso de este vocablo se registra mucho antes en países de habla hispana, incluso en España. Consultando la base de datos histórica de la Real Academia Española, vemos que la palabra *civilización* aparece por primera vez en 1754 en Filipinas, colonia española en aquella época, luego en Perú en 1775, en Paraguay y España en 1790, varios años antes de estar registrada en el diccionario de la RAE.<sup>14</sup> Poco más tarde, en 1808, aparece en México en *Memoria sobre los efectos del reglamento de Comercio Libre*, escrito por José María Quirós.<sup>15</sup>

<sup>11</sup> Además, siempre que había duda sobre la correcta comprensión de algún término por el público se recurrió a una explicación a pie de página.

<sup>12</sup> Estas dudas se resolvieron después de la comunicación personal con el señor Carlos Alberto Martínez López y en el texto traducido su explicación se encuentra en una nota a pie de página.

<sup>13</sup> *Academia usual*, DE: <<http://buscon.rae.es/ntlle>>.

<sup>14</sup> Real Academia Española, Banco de datos del Español, DE: <<http://corpus.rae.es>>.

<sup>15</sup> *Ibid*

Junto con la palabra *civilización* se usaba también la palabra *cultura*, cuyo uso se remonta ya a siglos remotos (en España se registra en el siglo XIII).<sup>16</sup> Al principio esas dos palabras se usaban indistintamente, todavía no se había diferenciado su significado. Los diccionarios españoles de aquella época decían sobre *cultura*: “El estudio, meditación y enseñanza con que se perfeccionan los talentos del hombre/ la hermosura o elegancia del estilo, lenguaje etc.” (esta explicación será vigente hasta 1869).<sup>17</sup> Comparando ahora las explicaciones de estos dos términos constatamos que de hecho ambos se refieren a los valores espirituales. Sin embargo, con el paso de tiempo y las nuevas condiciones de vida que nos impuso el desarrollo técnico, surgió la necesidad de distinguir entre valores espirituales y materiales, entre espíritu y materia. Así, a cada término se le asignó una categoría particular, aunque nunca hubo un acuerdo común sobre el significado de cada uno. Veamos cuándo se nota esta diferenciación en el diccionario de la RAE por primera vez. En cuanto al término *civilización*, en 1899 se resume en “acción y efecto de civilizar o civilizarse, es decir sacar del estado salvaje a pueblos ó personas” y también adquiere el sentido más genérico de “educar, ilustrar”. En 1925 adquirirá una forma muy parecida a la actual que, aparte de civilizar o civilizarse, significa “conjunto de ideas, ciencias, artes y costumbres que forman y caracterizan el estado social de un pueblo o de una raza”. En 1970 se le añadirán a esta última acepción las creencias religiosas y finalmente, en 1983 tomará la forma actual cambiando la última parte de la segunda acepción por otra que tiene un sentido más genérico: “conjunto de ideas, creencias religiosas, ciencias, técnicas, artes y costumbres propias de un determinado grupo humano”. Se deduce pues que el significado de la palabra *civilización* pasa de la noción puramente espiritual a la material en 1925.

En lo que atañe al término *cultura*, hasta 1983 su uso se orientaba hacia los valores espirituales: “Resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre” (acepción válida de 1884 hasta 1983). Sin embargo, en 1983 se añade un nuevo significado que hace que se acerquen de nuevo los términos *cultura* y *civilización*, el de “conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social etc.” que sigue vigente hasta hoy. De manera que no se pueden trazar claramente los límites que separan hoy la cultura

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Academia usual* [n. 13].

de la civilización. Sin embargo hay la tendencia, la cual se expresa claramente en este libro, de usar *cultura* para representar los valores espirituales y *civilización* para el desarrollo técnico de un pueblo.

En la lengua griega no ocurre lo mismo. En griego hay solamente un término que corresponde a cultura y civilización, el de “πολιτισμός” que engloba ambos aspectos de lo espiritual y lo material. Así, cuando es necesario hacer la distinción entre esas dos nociones se habla de civilización (o cultura) espiritual y técnica. No obstante, en griego se registran dos adjetivos diferentes para expresar el sentido de lo cultural. Se trata de los términos “πολιτισμικός” y “πολιτιστικός”, que como *cultura* y *civilización* no están claramente diferenciados y no hay un acuerdo común sobre su uso. Se podría decir que “πολιτισμικός” tiende a tener un sentido más abstracto y se refiere también a lo espiritual mientras que “πολιτιστικός” se usa más para aludir a la cultura como conjunto de actividades y a su lado material.<sup>18</sup> En la presente traducción, en la mayoría de los casos se optó por “πολιτιστικός” por este sentido más amplio y porque alude a actividades concretas que tienen que ver con la expresión cultural de un grupo.

José María Jover, en el prólogo de la *Historia de España y de la civilización española* de Rafael Altamira, hablando del vocabulario histórico se refiere también a la confusión que existe alrededor del significado de estos dos términos, causa de la atonía que caracteriza este vocabulario. Como solución propone a los historiadores recordar que

la “cultura” consiste esencialmente, de acuerdo con la etimología de la palabra que la designa, en una objetivación de la experiencia, de la reflexión y de la creación humanas que han dado lugar a una concepción del mundo, a un conjunto de creencias e ideas, a un conocimiento de la naturaleza y de las sociedades a través de la ciencia, a una representación de esa concepción del mundo en creaciones artísticas; en fin, a un esfuerzo de transmisión de sus contenidos a través de la enseñanza, del libro y de los medios de comunicación. En cambio, la “civilización” nos habla de la encarnación de esa cultura en la vida cotidiana, de formas de vida, de mentalidades, de comportamientos, de las normas que presiden la vida comunitaria en el marco de la *civitas*.<sup>19</sup>

Mirándolo desde otro punto de vista, el término *civilización* se usó contra la *barbarie* para expresar el conflicto que a mediados del siglo

<sup>18</sup> Λεξικό της Νέας Ελληνικής Γλώσσας.

<sup>19</sup> Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española*, vol. 1, Barcelona, Crítica, 2001, pp. xxviii-xxix.

XIX caracterizaba el mundo hispanoamericano. El escritor y político argentino Domingo Faustino Sarmiento planteó y expresó en su obra *Facundo o Civilización y barbarie* (1845) este conflicto. Bajo este lema se podría decir que se inicia la interpretación literaria de un conflicto que, con el tiempo, ha llegado a constituirse en el tema más claramente identificado con la novela hispanoamericana de aquella época: el conflicto entre Civilización y Barbarie.<sup>20</sup> Dentro de ese contexto, la “civilización” designa la ciudad europea mientras que la “barbarie” representa la pampa, la naturaleza americana y, de esta forma, Sarmiento se opone a los elementos autóctonos de esta tierra.<sup>21</sup> Este conflicto se encuentra también en otras obras latinoamericanas y una de las novelas donde mejor se representa es *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos; en ella los términos *civilización* y *barbarie* adquieren una interpretación diferente. Con *civilización* se refiere al “conjunto de las Fuerzas Morales capaz de encauzar la Barbarie”, la cual corresponde a la Juventud, el Ímpetu y el Dinamismo, y “de convertirla en una fuerza constructiva para el bien de la patria y de los hombres que la habitan”.<sup>22</sup>

Para resumir, en la traducción de esta obra han destacado dos aspectos, el estilístico y el léxico. En lo que atañe al estilo, se caracteriza por oraciones largas por una parte y por el discurso elíptico por otra, rasgos que no han planteado problemas significativos en la traducción gracias a que el español y el griego comparten muchos aspectos en común en cuanto a la gramática y la sintaxis. En lo que se refiere al léxico, el mayor interés reside en el uso de neologismos y términos polisémicos. De especial importancia han sido las palabras *cultura* y *civilización*, que han inducido a un análisis histórico-cultural porque se trata de términos cuyo significado no está claramente delimitado y por lo tanto requieren una mayor atención.

<sup>20</sup> Fernando Alegría, *Historia de la novela hispanoamericana*, México, Ed. de América, 1974, p. 29.

<sup>21</sup> Augusto Tamayo Vargas, “Interpretaciones de América Latina”, César Fernández Moreno, coordinación e introducción, *América Latina en su literatura*, 7ª ed., México, Siglo XXI, UNESCO, 1980, p. 451.

<sup>22</sup> Zulema S. De Feldman, María Esther S. De Cywiner, Olga Ruth S. De Kaplan, “Doña Bárbara: conciencia americana como contexto social”, en *Relectura de Rómulo Gallegos*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980, pp. 113-114.